

FAMILIA Y MODERNIZACION EN CHILE¹

Pedro E. Güell²

El objeto de esta exposición es la relación entre la familia y la sociedad y el modo en que esa relación está siendo impactada por la modernización. Familia y sociedad están mutuamente imbricadas y dependen la una de la otra. Eso exige un análisis de relaciones recíprocas y complejas donde no caben causas simples ni explicaciones omnicomprendivas. Se trata de un objetivo difícil pues no se dispone de marcos de interpretación relativamente validados que permitan vincular las transformaciones en la vida cotidiana de la familia con las nuevas transformaciones en los procesos culturales, económicos o políticos o viceversa.

Para fijar un punto de partida no excesivamente arbitrario, esta exposición se sitúa en algunas experiencias problemáticas de la vida cotidiana de la familia en Chile hoy y a partir de ahí indaga por el tipo de relaciones con la sociedad que pudiese explicar o aclarar esas experiencias. Interesa además preguntarse, qué elementos de la modernización actual en Chile podrían estar asociados a estos fenómenos. Como resultado de esta exposición se espera describir un conjunto de tendencias históricas cuyo reconocimiento podría contribuir a formar un marco de interpretación para los procesos familiares actuales.

Para construir ese punto de partida esta exposición se apoya en el Informe de Desarrollo Humano en Chile 1998 elaborado por el PNUD. Este tiene un capítulo dedicado a la familia^{3[3]}. Se describe ahí de qué manera la familia experimenta y enfrenta las situaciones de incertidumbre e inseguridad en Chile hoy. El Informe describe un conjunto de ámbitos diferenciados en los que la población experimenta hoy inseguridad: educación, trabajo, seguridad ciudadana, comunicaciones, previsión, salud, medioambiente. Es en la dinámica familiar donde esas dimensiones se agrupan y engloban pudiendo generar experiencias generalizadas de incertidumbre y crisis. En la vida familiar es donde primero se experimentan las inseguridades sociales y es también allí donde se elaboran las estrategias más básicas para su enfrentamiento.

1. De los problemas puntuales a la crisis familiar

Todas las familias de la muestra del estudio del PNUD han tenido dificultades para gestionar problemas puntuales de su vida familiar, y eso les ha producido fuerte inseguridad. Se mencionan problemas laborales, de educación, salud, previsionales, de seguridad ciudadana y algo que se refiere al esfuerzo por mantener a la familia integrada dentro de lo que se estiman los canones normativos de la sociedad.

¹ Exposición ante la Comisión de Expertos en Temas de Familia, SERNAM, Diciembre, 1999.

El autor agradece los comentarios de Norbert Lechner y Rodrigo Marquez

² Doctor en Sociología, funcionario del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

³ El capítulo se basa en un estudio de carácter cualitativo en el que se aplicó las técnicas de historia de vida y de análisis de redes. El estudio fue llevado a cabo para el PNUD por SUR Profesionales a través de Francisca Marquez y Vicente Espinoza. Se definió una muestra estratificada de 26 casos con 3 secuencias distintas de intervención; es decir, son 3 distintos métodos que se aplicaron para cada familia. Esta exposición desarrolla hipótesis e interpretaciones que van más allá de ese estudio.

Pero, ¿son tan puntuales estos problemas? Vistos con detención, en estos problemas aparentemente puntuales están involucradas dimensiones cruciales para la organización de las relaciones entre familia y sociedad. Los problemas que pueden experimentar las familias en los campos laborales, de salud, educacionales, de integración normativa, etc., son sólo problemas, por duros que sean, y no crisis cuando no arriesgan esta relación más profunda entre sociedad y familia. Es decir, cuando la cesantía no deriva en desintegración social; cuando la repitencia escolar no deriva en anomia; cuando la enfermedad no deriva en desamparo y cuando la rebeldía no deriva en estigma y exclusión. Mientras la cesantía se mantenga como cesantía, o sea como pérdida temporal del trabajo no hay problema en la relación familia y sociedad porque quiere decir que los mecanismos que la sociedad provee para superar la cesantía han sido eficaces. Lo mismo debería ocurrir en el campo de la salud, la previsión, la educación, la integración normativa y el manejo de los conflictos familiares. El punto crítico que importa es cuando estos problemas dejan de ser puntuales y se desbordan hacia los otros ámbitos de la vida familiar. Allí se pone en evidencia que la la relación entre la familia y la sociedad deja de ser complementaria. Los mecanismos provistos por la sociedad no alcanzan para contener las crisis familiares y asegurar la permanencia de su integración al resto de la sociedad..

Lo que llama la atención en el estudio del PNUD es que para la gran mayoría de las familias los problemas puntuales mencionados derivaron, cuando surgieron, en problemas generalizados que amenazaron su integración como familia y su relación con la sociedad. ¿Cómo ocurre esta derivación? ¿Cómo ocurre que problemas puntuales terminan en problemas de integración, en problemas de sentido, en problemas de comunicación, en problemas de anomia?

Es la propia gente la que describe en sus relatos este tránsito de los problemas puntuales a la crisis generalizada. En su lenguaje esto se expresa como “no supimos qué hacer”. Las familias no supieron cómo actuar para generar control en los problemas y poder mantenerlos dentro del ámbito específico de esos problemas. El “no saber qué hacer” condujo, precisamente, a que estos problemas se generalizaran sobre los otros campos de la vida familiar.

Siendo las familias las depositarias de los saberes tradicionales para la gestión de los problemas familiares, ¿cómo surge el “no saber que hacer”? **Lo primero es que hay problemas de nuevo tipo frente a los cuales las familias no disponen de los recursos correspondientes, ni cognitivos ni materiales, ni de sociabilidad.** Entre estos puede citarse el que las familias se ven obligadas a convivir con la inestabilidad laboral como un hecho estructural, con el trabajo femenino, con la transformación de la vida íntima o de la sexualidad. Los mismos códigos tradicionales de normalidad se transforman, como se revela en el problema de los miembros de la familia adictos a las drogas, donde delincuencia y enfermedad se mezclan.

También están las dificultades para integrar las nuevas imágenes de roles familiares que circulan en la conversación pública y privada. Hay una nueva imagen de mujer, una nueva imagen de adolescencia, una nueva imagen de padre. Es decir, hay problemas y exigencias nuevas frente a los cuales la sociedad no ha provisto a la familia de los recursos correspondientes para enfrentarlas. Las imágenes de cuerpo, por ejemplo, que nos está proveyendo la sociedad no alcanzan para relacionarnos con la nueva presencia del cuerpo al interior de la familia.

Pero no sólo hay problemas nuevos frente a los cuales la sociedad todavía no ha provisto de recursos nuevos; **hay también problemas tradicionales frente a los cuales los recursos que la sociedad proveyó hoy día están debilitados o se tornan ineficientes.** Aquí adquiere un significado especial el fenómeno actual de la retracción de

la sociabilidad. La sociedad proveyó a las familias de un conjunto de recursos emocionales, económicos, de integración, etc., mediante las tramas y redes sociales que ella favorecía. Estas tramas permitían que las familias manejaran sus conflictos abriéndolos hacia el entorno inmediato, ya sea familiar, barrial, sindical, político, deportivo, eclesial etc. La retracción de la sociabilidad, es decir el debilitamiento de esas redes y vínculos y la sobreconcentración en los vínculos familiares e íntimos, ha debilitado ese recurso. En ausencia de esas redes las familias hacen circular los problemas sobre sí mismas, acelerando el carácter espiral de las crisis.

Se debilita también el discurso de la autoridad patriarcal o paternal y la correspondiente imagen maternal. Más allá de reconocer la inadecuación funcional y normativa de ese discurso hoy día, él operó como un recurso de acción en determinados contextos, como los referidos a la socialización y al disciplinamiento. En ausencia de un claro reemplazo a nivel concreto del discurso patriarcal por otros más adecuados, hay problemas que quedan sin herramientas. Es más, hay problemas que quedan sin visibilidad ni legitimidad, como el de la producción de las autoridades familiares.

Las crisis producidas por estos dos tipos de razones que se ha mencionado no aluden a “asuntos de familia”, y eso importa recalcarlo. Se trata de crisis en la relación familia/sociedad. Hay dos razones de orden general que pueden contribuir a entender esta crisis. Primero, porque es connatural al proceso de modernización en cualquier parte el debilitar los pactos tácitos que constituyen a la cultura. Los aspectos familiares, sin embargo, por la complejidad de los vínculos y sentidos que acarrear, resultan especialmente difíciles de reconstruir en el plano reflexivo e intencional en el que la modernidad suele replantear los vínculos. En cualquier caso esa reconstrucción – como ocurre con la transformación del rol de la mujer en el hogar y el trabajo o con la imagen de juventud – es siempre más lenta que los cambios efectivos a los que intenta adaptarse. La desadaptación de los recursos culturales es propia de la modernidad. Esto equivale a decir que en una modernidad real, la familia vive cuotas importantes y persistentes de crisis. Segundo, también es propio de la modernidad construir intencionalmente recursos para la gestión de las crisis que afectan a la familia, entre los que se encuentran las políticas públicas. En síntesis, ya sea por razones culturales o institucionales, de modernidad o de modernización, la sociedad no está proveyendo a la familia de los recursos necesarios para que ésta realice su parte del pacto.

2. De la crisis a la reconstrucción de la integración

Se ha propuesto una interpretación para la derivación de problemas puntuales en crisis generalizadas. La pregunta inversa resultará también provechosa para el análisis: ¿Qué permite que las familias salgan de estas crisis?

Hay que partir destacando que la crisis no se soluciona porque se solucione el problema puntual que le dio origen. En efecto, cuando una familia ha entrado en una crisis generalizada de integración, la causa deja de estar radicada en algún problema puntual. Cuando una familia entra en crisis a raíz de un problema de cesantía, a raíz del problema de drogadicción de un hijo o a raíz de conflictos intrafamiliares, y no puede manejar más su situación, obviamente que la solución del problema no está ni en que el marido encuentre trabajo, ni en un tratamiento del hijo ni en una terapia de pareja.

De acuerdo a los antecedentes aportados por el estudio del PNUD la crisis tiende a superarse mediante una reconstrucción de la relación familia/sociedad, a través de una reformulación sui-generis y ad hoc del pacto familia/sociedad. ¿Cuáles son los pasos de esta reconstrucción?

El primer paso se da cuando, llegados a cierto punto, algunas familias reconocen el carácter extraordinario de la situación que están viviendo. Ahí se produce un reconocimiento de que los modelos habituales con los que han organizado la vida familia no proveen ya de soluciones para el problema. Entonces la familia hace consciente que requiere de soluciones nuevas y se propone como objetivo el construirlas. Este es el momento en que la familia inventa lenguajes nuevos. El momento en que la familia empieza a hablar de su situación en términos distintos: la adolescente embarazada ya no es “indecente”, ni el hijo desertor de la escuela un “vago”. Nuevas conceptualizaciones que circulan en los medios de comunicación o en el entorno de la familia adquieren sentido y son apropiados por ella.

El segundo paso es el replanteamiento de las imágenes y roles de la familia y de cada uno de sus miembros. En el momento en que el padre, por ejemplo, no logra superar la cesantía ni los modelos que él se maneja sirven de recurso para superar la crisis que ella ha introducido en la familia, la madre puede asumir un nuevo rol y la familia comienza a reubicarse en torno a ella y la voz de los hijos es escuchada de manera nueva.

El tercer paso es que se activan las redes informales de la familia. Comienzan a buscarse redes sociales en las cuales apoyarse. Normalmente estas redes son de nuevo tipo, pues si las redes de las cuales disponían hubiesen sido eficaces el problema puntual hubiera permanecido como puntual. En efecto, si los amigos del sindicato todavía fueran capaces de proveer al jefe de hogar de contactos en el mercado laboral, su cesantía hubiera durado un corto tiempo y no hubiera pasado de ser un problema puntual. En la construcción de nuevas redes a veces también se incluyen relaciones con actores públicos institucionales, aunque eso es menos normal.

Un paréntesis sobre el rol de los actores institucionales en la redes de apoyo puede resultar sugerente. El estudio del PNUD sugiere que los actores institucionales de asistencia y solidaridad, tanto públicos como privados, suelen aparecer cuando ya no hay nada que salvar de la integración familia/sociedad. Es decir, llegan más bien a recuperar o a recoger los trozos de lo que funcionaba antes. Es el caso de los niños que son sacados de la casa para que los padres no sigan golpeándolos. Es decir no se aportan capacidades de acción para la solución endógena del problema, sino que cuando ya se han agotado todas las capacidades endógenas van a recoger los restos. Esto tiene que ver, por una parte, con la propia lógica de esas instituciones, pero por la otra, con la relación tradicional que la propia gente establece con ellas. Esas instituciones suelen ser vistas más como instrumentos de control social que como recursos de gestión.

Un último paso radica en la constitución de un cierto proyecto común de familia. Los miembros de la familia producen una conversación por la que circula una cierta idea de cómo les gustaría ser después de la crisis. En esa conversación ya están incorporados los elementos que se han logrado en los pasos anteriores. Ese proyecto otorga además una cierta normalidad a la nueva situación. La hija soltera que tiene un hijo, o la madre que es ahora la autoridad son integrados como identidades normales en la nueva familia..

De manera resumida: ¿cuáles son los elementos básicos de la superación de la crisis? Primero, una recuperación de la confianza en la propia capacidad de acción. Lo segundo, una reconstrucción al interior de la familia de los insumos sociales debilitados. Se inventan nuevos lenguajes; se inventan o se crean nuevas formas de organización de la familia y se desarrollan nuevas redes sociales. En el fondo, se reemplaza el pacto tácito familia/sociedad, que es el que había entrado en crisis, mediante un pacto explícito intrafamiliar y con el entorno social inmediato.

No es que llegadas a este punto las familias hayan superado la crisis o que se haya iniciado su solución espontánea. La reconstrucción sui generis del pacto familia/sociedad que está implícita en la nueva codificación de los problemas, en la nueva distribución de roles, en los nuevos horizontes temporales, en los nuevos lenguajes e imágenes de familia, en las nuevas relaciones con el entorno social, lo que hace es aumentar las capacidades de acción familiar. Esto no significa por sí sólo la superación espontánea de la crisis. Esto lo que hace es recomponer los recursos de acción y hacer más probable la superación de la crisis.

Antes de pasar a una descripción de los procesos globales que condicionan las experiencias familiares es oportuna una pequeña relectura y precisión conceptual. Se puede definir a la familia y a la sociedad como dos sistemas o dos procesos mutuamente condicionados que se requieren el uno al otro para producirse y para producir finalmente orden social. Los aspectos más profundos de esa relación se rigen por una suerte de “pacto tácito”. El define los aportes recíprocos a los que la familia y sociedad se obligan para asegurar que ambas contribuyan complementariamente al orden social. Este pacto tácito entre familia y sociedad es ambivalente. Por una parte, por causa de su peso y funcionamiento tácito, permite que las crisis familiares efectivamente no deriven en un caos social generalizado. De hecho hoy día, aunque vemos magnificarse ciertos problemas sociales, estamos muy lejos de algo que pudiese llamarse caos familiar. Como resulta obvio a cualquier observador, la familia a pesar de todo funciona y contribuye a la construcción de orden social. Pero, por otra parte, cuando este pacto tácito se debilita, por lo mismo que no tematizado, no consciente, no intencional, no negociado, es difícil de reconstruir. Hay que notar que la misma razón que le otorga solidez al pacto familia/sociedad – su carácter tácito y tradicional – es lo que le resta flexibilidad para ser adaptado a las necesidades de las nuevas situaciones y a los valores elaborados por las nuevas reflexiones sociales.

3. Las dificultades del pacto familia-sociedad

Si se toman los elementos que hacen que las familias entren en crisis y los elementos que hacen que las familias salgan de la crisis, puede entonces descubrirse qué aspectos o dimensiones del pacto tácito familia/sociedad se han debilitado y qué elementos deben fortalecerse en un nuevo pacto.

La hipótesis que articula este tercer punto de la exposición es que el debilitamiento de los recursos provistos por el pacto tácito familia/sociedad que ha predominado en Chile por lo menos en los últimos 50 años tiene que ver con la modernización reciente. Aquí se entenderá por modernización reciente a la modernización vía derregulación del ordenamiento público, vía mercado y desmovilización social en los últimos 25 años. Es importante hacer notar que no se afirma aquí la existencia de un modelo único y perfectamente integrado de familia en el período previo a este último cuarto de siglo. La diversidad de familias es un hecho masivo y de antigua data en el país. Lo que quiere afirmarse es que en el contexto del Estado de Bienestar se generó un discurso sobre familia y una red institucional – desde las instituciones disciplinarias hasta las promocionales – que intentó enmarcar al nuevo tipo de familias urbanas medias y populares surgidas en el contexto de las migraciones masivas hasta la década de los 60 aproximadamente. Independientemente de si en una mirada retroactiva ese discurso y esa red satisface nuestros actuales estándares políticos y éticos, es innegable que ella fue eficaz en constituir un cierto pacto familia/sociedad con un importante grado de legitimidad en la población. Pero es igualmente innegable que el actual proceso de modernización ha hecho estructural y culturalmente inviable ese antiguo pacto, y de los efectos de esa inviabilidad es de lo que se trata aquí.

¿Cuáles son los elementos de la modernización que están asociados a este debilitamiento del pacto tácito y a esta necesidad de nuevos recursos? Puede mencionarse cinco aspectos básicos, aunque probablemente son muchos más. Interesa, además, mostrar el pacto familia/sociedad como hecho cultural, por lo mismo se acentuarán las dinámicas culturales de la modernización reciente que pueden estar afectándolo.

a. El fenómeno de individualización y deregulación

Por individualización se puede entender que los cursos de acción de las personas son cada vez más fruto de una evaluación y elección individual, y menos de decisiones colectivas y tradicionales. En nuestra modernización individualización ha significado sobretudo la privatización de los éxitos y riesgos personales. Individualización significa, por ejemplo, que los laboralmente independientes pueden no cotizar ni en salud ni en previsión, el problema de su futuro será de ellos.

Derregulación significa que las instituciones sociales son cada vez más libres para inventar cursos de acción y ofertas de acción para las personas. A la inversa uno podría decir que los marcos estatales o públicos de regulación de las instituciones se reducen a aspectos formales muy generales y en cualquier caso no definen las estrategias de esas instituciones. En los hechos significa también que estas instituciones derreguladas son crecientemente privadas.

¿Cuáles son los efectos de la privatización y la derregulación en el campo de la familia? Se acostumbra a pensar que al otro lado del proceso de derregulación e individualización hay un individuo floreciente y alegre, entusiasta por el descubrimiento de sus nuevas capacidades de acción. Pero lo cierto es que en sociedades como las nuestras, carentes de sociedades civiles y de culturas ciudadanas fuertes, al otro lado del estado desregulado no hay un individuo – lo cual es un hecho cultural complejo - sino una familia. Al otro lado de la inestabilidad laboral estructural, que es una de las características de la derregulación, no hay un individuo que gestiona su biografía laboral como una empresa en busca de oportunidades personales, sino que hay una familia entera que tiene que aprender a vivir y a soportar la inestabilidad.

Si bien es cierto que la derregulación y la individualización en muchos aspectos produce una ampliación de las capacidades de acción de la gente, provoca también un aumento en la demanda social a la familia. Porque el sentido y organización del trabajo no es individual, sino que está anclado en la familia. Es ésta la que tiene que regular internamente un conjunto de conflictos que tradicionalmente eran regulados, para bien o para mal, por el Estado, la empresa privada o las organizaciones sindicales y gremiales. No se trata de juzgar la eficiencia y oportunidad de la intervención estatal en el campo del trabajo, sino de determinar si con los recursos que tradicionalmente y hoy la sociedad ofrece a la familia ésta puede solucionar la demanda que la sociedad hoy le exige a través, por ejemplo, de los procesos de desregulación del mundo laboral.

Algo similar ocurre con la deregulación y privatización de la socialización y de la educación. Hoy día se vuelve a insistir que para superar el problema de la droga y la delincuencia la clave y responsabilidad básica radica en la familia. Lo mismo se oye respecto de la delincuencia, de la educación o de la sexualidad. Ante la dificultad de

generar un discurso de responsabilidad pública, por ejemplo frente a la sexualidad, independiente del derecho a la autonomía en el campo de la intimidad, se renuncia a ello afirmando que se trata de un tema privado. Y cuando en una sociedad con públicos y ciudadanías débiles se dice “privado”, en los hechos se está diciendo “familia”. Es, sin duda, bueno que la familia asuma mayores responsabilidades en este campo, pero ¿la sociedad le otorga recursos para el ejercicio de estas responsabilidades? En el campo de la sexualidad, de la educación, de la socialización en general, el más importante de los recursos públicos que puede asignarse a las familias es una conversación pública que permita construir lenguajes, marcos de interpretación y sentidos normativos compartidos. ¿De dónde si no podría obtener una familia herramientas para enfrentar la correcta educación de la intimidad o de la moralidad de sus miembros?

En una sociedad culturalmente derregulada y privatizada también los proyectos biográficos pasan a ser una sobrecarga individual. Si se piensa en la generación de los 60 y en sus proyectos biográficos, se verá que éstos se construían sobre una estructura y un relato colectivo. En ausencia de esos relatos y proyectos la construcción de biografía se hace no sólo más difícil, sino que ella es vivida como una tensión puramente individual.

La derregulación, individuación y privatización de la vida cotidiana ha traído nuevas tareas, las que han recaído sobre la familia como conjunto. Al mismo tiempo no se han elaborado los recursos sociales que permitirían transformar esas responsabilidades en oportunidades de desarrollo. Hay en algunos ámbitos nuevos recursos institucionales, como muestra el desarrollo de la legislación sobre familia y mujer en Chile, pero la carencia se refiere sobre todo a los recursos culturales.

En Chile no hay un desarrollo de la cultura de la individuación, de la ciudadanía y de lo público que se corresponda con el nivel de privatización y derregulación que hemos alcanzado en el campo de las instituciones. El aprovechamiento de las nuevas responsabilidades y nuevas posibilidades que surgen de una derregulación y privatización supondría del otro lado la existencia de una cultura de la individuación por una parte, pero también de lo público por otra. Pues las familias no pueden producir por sí solas aquellos relatos y proyectos colectivos, temporalidades y espacios públicos que ya no producen ni el Estado ni los movimientos sociales. La producción del orden social y del sentido de lo colectivo no es ni puede ser responsabilidad de la familia. Por el contrario, el adecuado funcionamiento de ésta supone la existencia sólida de aquellos. En una sociedad post-estatal el orden y sentido colectivo es responsabilidad primordial de la ciudadanía actuando en el espacio público. Si eso es débil, la carga recae sobre la familia y ella no dispone ni de los recursos institucionales ni menos aún culturales para enfrentarla.

b. La transformación del sentido del trabajo

El segundo aspecto dentro de los procesos de modernización que afectan a la familia es la transformación de la organización y del sentido del trabajo. La noción del trabajo y del rol de la familia en la organización y socialización para el trabajo es un aspecto crucial en el pacto familia/sociedad. Esto hace que las transformaciones en ese ámbito afecten a las relaciones entre ambos y a las capacidades de acción de la familia.

La noción tradicional de trabajo produjo una determinada distribución de roles familiares y de sus legitimidades correspondientes. A la noción de trabajo como ámbito de realización masculina del rol de provisión le correspondió una particular noción de esposa, de madre y de hijos. Al mismo tiempo esa noción de trabajo distinguió y relacionó de una manera

también particular a la familia y a la sociedad. Allí la familia era lo interno-privado representado por el rol de la mujer y el trabajo lo externo-público representado por el rol masculino de trabajador. En ese esquema la integración social y política esta mediada por el padre que accede a lo público y la integración afectiva está mediada por la madre que administra lo privado.

El trabajo, por otra parte, aparecía como el ámbito privilegiado del sentido; allí es donde se participaba de la construcción pública de lo social. Correspondientemente, la familia se organizó como socializadora y disciplinadora para el trabajo. Esto se refuerza además con la idea de que el trabajo es la fuente de la dignidad y de la movilidad de las familias populares.

Frente a esta centralidad del sentido tradicional de trabajo para la vida familiar es esperable que las transformaciones actuales del mundo laboral tengan un fuerte impacto sobre ella. En primer lugar, dada la inestabilidad estructural que caracteriza a las nuevas formas del trabajo, él no es suficiente para fundar las seguridades y las identidades de los roles familiares.

Lo segundo es que la mujer se ha incorporado masivamente al trabajo. Eso es importante en términos culturales pues acarrea una ruptura de la forma tradicional en que se distinguía lo público de lo privado. Ahora el trabajo está dentro de la casa; hombre y mujer hablan de trabajo como trabajadores ambos. La idea de que la casa y el trabajo son dos mundos polares en equilibrio tiende a desaparecer.

Lo tercero se refiere a la modificación de las fuentes de socialización y sentido. Presenciamos un desplazamiento de esas fuentes desde trabajo al consumo. Y eso tiene consecuencias, no sólo porque altera las pautas de socialización para las cuales ha sido entrenada la familia, sino porque el consumidor básico no es el individuo sino las familias.

Más allá de los conflictos e inestabilidades que traen consigo las transformaciones en este pilar fundamental de la estructuración de la vida familiar, puede observarse que este proceso contribuye a aumentar la sobrecarga de tensiones y responsabilidades sobre la familia. El trabajo se hace estructuralmente inestable, luego no está afuera la fuente de la seguridad, sino que está dentro. La seguridad descansa ahora más en los arreglos familiares diseñados para enfrentar la cesantía que en los arreglos institucionales, públicos o privados. La ausencia de un seguro de desempleo es un buen ejemplo de ello. Algo similar ocurre con el desplazamiento del trabajo al consumo. Este significa que el sentido con que se administran los recursos se retrae a las decisiones y proyectos intrafamiliares de consumo, más que a los proyectos colectivos de movilidad que justifican y promueven ciertas formas de inversión familiar como, por ejemplo, la educación.

c. La publicitación de la intimidad

El tercer aspecto de la relación entre modernización y vida familiar es lo que se podría llamar la publicitación de la intimidad. Probablemente uno de los aspectos más tácitos y más callados del pacto familia y sociedad sea lo que se refiere a las relaciones con el cuerpo, entre los cuerpos y lo que se refiere a las necesidades psicológicas y emocionales. Esta es la parte del pacto tácito más refractaria a ser transformada en objeto de lenguaje y en materia de negociación. Por lo mismo, la cultura dispone de muchos mecanismos tradicionales de gestión de los cuerpos, pero muy pocos instrumentos para gestionar las crisis de esos mecanismos.

Hoy día se puede constatar varias transformaciones en este campo. El principal es que hoy día esta dimensión tradicionalmente no dicha y no hablada de las relaciones entre la familia y la sociedad se traslada hacia el centro del debate. Se está produciendo una representación pública, discursiva y polemizable de la intimidad. En relación a esto pueden resaltarse dos aspectos:

Lo primero es que la intimidad que adquiere reconocimiento en el debate público es una intimidad sobresubjetivada. Ella es vista como un ámbito determinado puramente desde la subjetividad personal y sobre la cual las personas parecieran disponer en gran medida y con una amplia libertad. Cualquier artículo sobre sexualidad en las llamadas “Revistas para la mujer” muestra esto con meridiana claridad. En esto hay un rasgo propio de la época. El fin de siglo parece estar marcado con el sello de la sobresubjetivación, es decir, la pérdida o el debilitamiento de la idea de que la sociedad, el orden, está construido también sobre la base de hechos objetivos, sobre los cuales la subjetividad sólo dispone de manera indirecta y compleja. La sobresubjetivación tiene que ver también con la pérdida de objetividad de lo público y de los lenguajes públicos

Una intimidad sobresubjetivada es difícil de ser tratada públicamente, pues se escapa a cualquier orientación colectiva. Entonces la representación pública de la intimidad asume la forma de espectáculo del drama privado, sólo para ser contemplado. O asume la forma de la enunciación de estándares normativos arbitrarios, sacados ya de la estadística mundial de frecuencia de relaciones sexuales, o de teorías biológicas sobre la felicidad o de consideraciones astrológicas de todo tipo. Lo cierto es que la tensión entre esos estándares y la intimidad real corre por cuenta de los individuos y familias concretas, pues hoy hay una conversación pública que cuestione la pertinencia de esos estándares.

La publicitación de la intimidad está también marcada por la idea de que los valores fundamentales están en juego en ese campo. La felicidad y el bien parecen restringirse a la intimidad. Como el pacto tácito ha asignado tradicionalmente a la familia el control de la intimidad, la específica publicitación de la intimidad que presenciamos se transforma en una demanda de rendimiento hacia la familia.

Esa exigencia encuentra a la familia sin los recursos adecuados para enfrentarla. El pacto tácito tradicional exigía silencio en el campo de la intimidad. Ese silencio era funcional pues permitía excluir a la corporalidad del ámbito del debate, y por lo mismo del ámbito de las alternativas y opciones. Sin un férreo control sobre los cuerpos difícilmente se habrían sostenido la distribución de roles o las formas de autoridad que ella disponía. Hoy, en cambio, se promueve una “discursivización” del cuerpo; no sólo hay que enfrentar los problemas del cuerpo desde la perspectiva del lenguaje y del debate, sino que el mismo cuerpo aparece como un tema privilegiado para motivar conversaciones. Nuestra televisión abunda en “Talks Shows” sobre el cuerpo, desde la gordura a los orgasmos. Sin embargo, hay una ausencia de lenguaje para ello o sólo hay fragmentos contradictorios. Basta, por ejemplo, con tomar una revista “para la mujer” y se podrá comprobar que mientras en una página se habla sobre el orgasmo con un lenguaje más propio de la gimnasia que de la erótica, a la página siguiente se le dan consejos a la madre para que evite las relaciones prematrimoniales de su hija en un código absolutamente conservador y represor. No hay un código compartido que permita efectivamente generar interpretaciones y conversaciones coherentes. Sin ellas la avalancha de la intimidad se vuelve más amenaza que oportunidad.

d. La retracción de la sociabilidad

Un cuarto aspecto relativo a los elementos culturales de la modernización que afectan y contribuyen a la crisis de la familia es la retracción de la sociabilidad. Esto significa que las personas tienden a desplegar su sociabilidad, sus lenguajes, sus interacciones, sus sentidos hacia los espacios más cerrados. Las relaciones sociales de la familia tienden a darse casi exclusivamente con aquellas personas en las cuales o se confía intensamente o se está obligado a confiar, especialmente los círculos familiares más íntimos. La retracción de la sociabilidad es una sobrecarga de interacciones sobre la familia. Esto está inserto dentro del debilitamiento más general de lo público y del aumento de la desconfianza interpersonal, como lo ha mostrado el Informe de Desarrollo Humano, 1998 del PNUD.

Consecuentemente las redes de apoyo tienden a definirse a partir de la familia. Los estudios sobre redes hechos en Chile muestran que los vínculos que una familia activa cuando entra en crisis son precisamente los parientes. Esto afecta notablemente la eficacia de esas redes, pues ellas proveen de más y mejores recursos cuanto más amplias y variadas son.

e. El cambio en la imagen del tiempo social

El tiempo es una construcción social e histórica. Actualmente se constata un cambio en las imágenes de tiempo social y eso tiene también un impacto sobre la familia. La familia es de los sistemas sociales que más intensamente se organiza en torno a imágenes temporales. De hecho los dos fenómenos básicos que delimitan el significado del tiempo social e individual -nacimiento y muerte- son vividos básicamente como acontecimientos familiares. Por una parte la historia familiar, y el relato explícito sobre ella, es determinante en la construcción de la identidad de sus miembros. Por la otra, la reproducción y socialización de los miembros es una dinámica notablemente marcada por las imágenes de futuro.

Para funcionar como tal la familia requiere de un fuerte sentido temporal. Pero para poder estructurar el tiempo familiar se requiere una imagen de tiempo social. Para que el tiempo familiar haga sentido tiene que estar mínimamente coordinado con otros tiempos familiares y con los tiempos de los otros sistemas sociales. Eso supone alguna idea colectiva de tiempo que permita articular los diversos tiempos que de hecho existen en la sociedad. Se podría afirmar, sin embargo, que una de las dinámicas que caracterizan a la modernización chilena actual es una suerte de “patología de la temporalidad”. Se trata de una ausencia de futuros y de un cierto bloqueo de las memorias colectivas que presiona a la gente a vivir un fuerte presentismo.

Esto tiene su origen en dos procesos distintos. Uno de ellos es: ¿qué imagen de futuro social es posible si se anuncia que el futuro es autorregulado; es decir, si se anuncia que lo esperado no se producirá como efecto de la acción colectiva e intencional? Las aspiraciones de futuro carecen de sentido si el tiempo de la sociedad no está asociado a la acción de la sociedad. Esto produce una fuerte contracción de la imagen de futuro entre la gente.

Esto ha significado que se debilitan las imágenes tradicionales del futuro familiar, como por ejemplo la idea de la movilidad social. Hoy día uno de los elementos que se debilitan, por ejemplo, es la confianza en que la educación sea un mecanismo de movilidad. Y eso es percibido así porque el futuro laboral parece no depender de cada uno, sino de las turbulencias de una economía globalizada. Hay un fuerte elemento de contingencia en la

construcción de futuro, hay una separación de futuro y acción. En ausencia de un futuro colectivo, la familia encuentra dificultades para estructurar sus propias temporalidades. Esto tiene un impacto sobre su capacidad para estructurar identidades, proyectos y justificar sacrificios.

Pero hay también un problema en la relación con el pasado. Se puede decir de manera muy general que este país tiene una memoria dañada. Una memoria que está dañada no sólo para unos, para aquellos que fueron víctimas de las violaciones a los derechos humanos, sino también para muchos otros. Hay una extendida memoria que se refiere a la vida pública y que dice que la política divide a las familias. Hay una memoria familiar que tiene que ver con que la política, la opinión, el tratamiento de opiniones distintas, creerse, jugárselas por un proyecto introduce niveles de conflicto que no pueden ser manejados por las familias.

Esa memoria que nos hace temer ser actores, se refuerza con la idea de que no es posible ser actores en el futuro. Esta especie de círculo vicioso es lo que puede llamarse “patología de la temporalidad”. Eso impacta fuertemente a la familia pues la ausencia de temporalidades sociales es un recurso menos para construir proyectos familiares. Y se ha señalado que la capacidad para construir esos proyectos es uno de los recursos básicos con que cuentan las familias para gestionar exitosamente sus crisis de integración social e intrafamiliar.

A modo de conclusión.

Las familias y la sociedad se requieren mutuamente para ser sustentables. La modernización ha implicado una fuerte asintonía en esa relación. Mientras por una parte surgen nuevas demandas de la sociedad hacia la familia, ésta no cuenta con nuevos recursos para enfrentarlas o se han debilitados sus recursos tradicionales. Esto genera una fuerte tensión e incertidumbre al interior de ella.

Uno de los rasgos de esta situación de asintonía es su carácter abrupto. Un cuarto de siglo es muy poco tiempo para procesar socialmente transformaciones con tan grande impacto cultural. Otro aspecto es que estos cambios han sido escasamente reflexionados. En Chile no ha levantado una observación sistemática y con cierta distancia sobre este fenómeno. Sobre aspectos puntuales hay muchos estudios, pero no una reflexión sistemática sobre la relación familia/sociedad. Al no existir una tematización se dificulta el reconocimiento colectivo de los problemas. El discurso público sigue afirmando que los problemas de familia son problemas de familia y no problemas sociales.

Luego está el desequilibrio que hay entre, por una parte, una fuerte derregulación y privatización de las dinámicas del orden social, y por otro lado una débil cultura de individuación ciudadana. Culturalmente correspondería, de acuerdo a procesos similares en otros lugares, que la privatización fuera compensada con individuación y la derregulación con una fuerte ciudadanía y fuertes espacios y lenguajes públicos.

En ausencia de esos equilibrios pública y socialmente contruidos y debatidos es la familia quien tiene que equilibrar precariamente estos desequilibrios. Es ella la que asume, más mal que bien, la gestión de los desfases entre transformaciones no reconocidas socialmente y sin lenguaje; entre la sobrecarga o la pérdida de lo colectivo y la ausencia de lo público. Para decirlo de manera clara: la familia es empujada a operar como el fusible de la modernización en Chile.

Estos pueden ser fenómenos transicionales o indicios de la gestación de una crisis mayor. No se puede ser ni ingenuo – creyendo que los problemas sociales se solucionan de manera espontánea sin recurso a la acción social – ni catastrofista – creyendo que los problemas no pueden ser solucionados por medio de la acción social.

La modernización no es ni el riel de un tren, que tiene su destino preasegurado; ni tampoco es una veleta en día de tormenta, sin dirección e inmanejable. La modernización es más bien una cuerda floja. Porque es inestable, lo que ocurra sobre ella depende exclusivamente de la acción de quien la transita. Si las dificultades por las que atraviesa la familia son transicionales o catastróficas dependerá exclusivamente de los equilibrios que logre construir la sociedad.

Entonces, para terminar, ¿qué equilibrios estamos haciendo en el campo de la familia? Respecto de esto pueden sugerirse dos hipótesis. Primera, para responder a los impactos de la modernización la familia se está regenerando a sí misma en condiciones de aislamiento. La solución de las crisis familiares parecen resultar gracias a un pacto intrafamiliar muy encapsulado y retraído de la sociabilidad pública. Según los estudios que se han citado, la forma de superar las crisis consiste en generar un conjunto de lenguajes, recursos, distribución de roles y estilos muy particulares que les permite solucionar su problema a cada una de ellas, pero que las obliga a volverse hacia dentro porque esas soluciones no son compartibles para afuera ni encuentran legitimación y sustento en el medio social más amplio. Ese modo de solucionar las crisis es una hipoteca de alto costo futuro. Solucionar crisis mediante retracción de los vínculos con los entornos y lenguajes sociales implica que frente a la próxima crisis se va a ser más débil. Se podría pensar ahí que hay un círculo vicioso, un mal equilibrio.

Lo segundo es que esta derregulación y privatización apela a la familia y no a lo público y a la ciudadanía. Hoy día estamos derregulando y privatizando la vida social gracias a que contamos con la familia como amortiguador. Ese rol debería jugarlo una ciudadanía fuerte en el espacio, en el tiempo y en los lenguajes públicos.

La familia no es sustentable sin la construcción de referentes sociales. La dirección en que avanza la relación familia sociedad parece estar marcada por un debilitamiento de esos referentes generales y una consecuente pero insostenible retracción de la familia sobre sí misma. Estamos obligados a pensar en el antídoto de este círculo vicioso. Muchos están tentados de fortalecer a la familia, en el doble sentido de fortaleza y de clausura sobre sí misma, pensando hacerla más capaz de asumir las responsabilidades que se le están asignando. Pero, ¿en una sociedad moderna le corresponden a ella toda las responsabilidades que antaño tuvieron el estado y la instituciones de la cultura? Ese traspaso es anómalo. Responde más bien al temor de crear sociedades civiles y espacios públicos fuertes y dinámicos, que es a quién le correspondería asumir muchas de esas nuevas tareas generadas por la modernización.

A la familia probablemente la fortalecerá aquello que la descarge de las responsabilidades anómalas y exageradas que nuestra particular modernización chilena le está exigiendo. Lo que hay que rehacer es el pacto familia/sociedad para que ingrese un tercer aliado: una ciudadanía fuerte que crea tiempos, espacios y lenguajes públicos.